



Revista de Estudiantes de Economía / Volumen 2 / Número 6 / Enero-diciembre 2022

INTERCAMBIO

Keynes en las Transformaciones de una Economía en Guerra S. XX

*Keynes in the Transformations
of an Economy in War S. XX*

.....
Juan Felipe Granados Martínez

E-ISSN 2619-6131

Facultad de Ciencias Humanas y Económicas
Sede Medellín



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Keynes en las Transformaciones de una Economía en Guerra S. XX*

Keynes in the Transformations of an Economy in War S. XX

Juan Felipe Granados Martínez**

Resumen

El siglo XIX estuvo dominado por la premisa de la economía clásica “Laissez faire”, pero a comienzos del siglo XX sucedió un acontecimiento histórico que cambiaría las realidades económicas más adelante: la Gran Guerra. *Keynes en las Transformaciones de una Economía en Guerra* es un trabajo que va a describir cómo se comportó la economía de los países beligerantes en las guerras mundiales y a su vez, buscará dar una opinión crítica acerca de cómo y porqué el keynesianismo dio respuesta a la Gran Depresión con recursos de particular similitud a los que usaron los gobiernos beligerantes en la Gran Guerra.

Palabras Clave: Guerra total, crisis, inflación, gasto, economía de guerra, keynesianismo militar.

Códigos JEL: B22, E12, H56.

Abstract

The 19th century was dominated by the premise of the classical economy “Laissez faire”, but at the beginning of the 20th century come about a historical event that would change the economic



* **Artículo recibido:** 25 de mayo de 2022 | **aceptado:** 20 de septiembre 30 de octubre de 2022
| **modificado:** 2 de noviembre de 2022.

** Estudiante de pregrado en economía, Universidad Nacional de Colombia.
Correo-e: jgranadosm@unal.edu.co

realities later on: the World War I. *Keynes in the Transformations of an Economy at War* is a work that will describe how the economy of belligerent countries will behave in world wars and in turn, will seek to give a critical opinion about how and why Keynesianism responded to the Great Depression with resources of particular similarity to those used by belligerent governments in the World War I.

Key Words: Total war, crisis, inflation, spent, war economy, military keynesianism.

JEL classification: B22, E12, H56.

Introducción

Las guerras mundiales fueron, sin duda, acontecimientos luctuosos que arrasaron ciudades enteras y cobraron millones de vidas inocentes. “Sin duda hubo ocasiones para que el dios, o los dioses, que según los creyentes había creado el mundo y cuanto contenía se lamentara de haberlo hecho” (Hobsbawm, 1994). A pesar de ser acontecimientos dolorosos para la historia de la humanidad, llevaron consigo interesantes implicaciones para las economías de los países involucrados puesto que éstos modificaban por completo su estructura productiva, enfocándose prioritariamente en el armamento militar, este desarrollo está abarcado por el concepto de guerra total, línea de pensamiento militar que planteó el general alemán Erich Ludendorff después de la Gran Guerra:

Se entiende por guerra total aquella que supone que cada individuo capaz dentro de la nación debe contribuir en forma incondicional con sus fuerzas para la obtención de la victoria. Significa que todas las ramas de la ciencia, del comercio, de la industria, de la enseñanza, en una palabra, todos y todo sea puesto al servicio de la guerra. (Salzmann, 1943: pp. 141-142).

En la guerra total, además de los efectos más elementales que experimentaron los países beligerantes, como el costo de capital humano que representan las elevadas cifras de civiles y soldados muertos en combate o la caída en la tasa de natalidad, se presentan numerosas configuraciones en los principales componentes económicos. Las guerras totales dan lugar a transformaciones omnímodas en la estructura económica de los países implicados, esto quiere decir, que la gran mayoría de agentes económicos se

ven afectados. Tal impacto en las economías producirá una tendencia a efectos hiperinflacionarios, los conflictos pueden derivar en un aumento de deuda y de desigualdad, se ven trastocados los componentes de inversión, consumo y, por ende, el crecimiento de los países, tanto durante la guerra como en la postguerra (Garrido, 2017).

Las familias y las firmas realizan un papel de suma importancia en las transformaciones de una economía en guerra, pero el Estado se lleva el protagónico. Las guerras afectan a todos los agentes económicos, pero son asuntos de los cuales los gobiernos beligerantes cargan la mayor responsabilidad, pues son éstos los que las provocan y las declaran. En los asuntos económicos no es distinto, los gobiernos en las guerras mundiales aplicaron un gasto público que resultaría extraordinario en tiempos de paz y que derivaron efectos hiperinflacionarios porque usualmente los gastos militares a cargo del Estado eran pagados con emisiones de papel moneda, justo la clase de política que teorizaría y formalizaría uno de los economistas más importantes del siglo XX, John Maynard Keynes.

Hipótesis

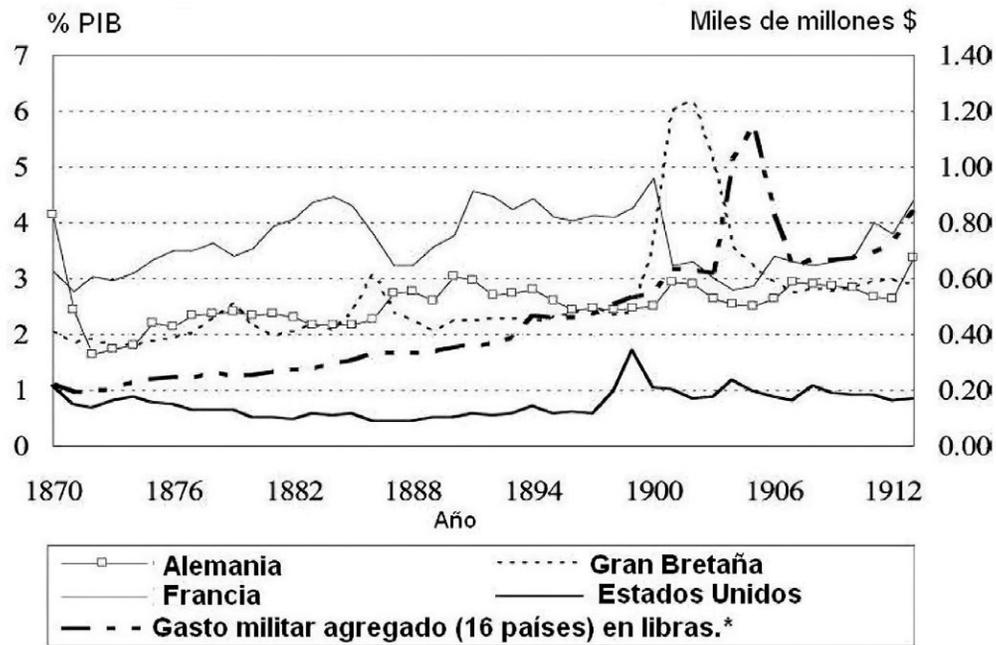
La Gran Guerra enseñó lo que podría hacer el intervencionismo económico y fue un suceso de sustancial importancia para la configuración económica del mundo en el periodo de entreguerras. Es posible que la Gran Guerra haya servido a JM. Keynes como un laboratorio de lo que plantearía en la Teoría General, publicada años más tarde. El malestar socioeconómico corresponde a una razón de suma importancia para que se generen conflictos bélicos y las “guerras totales” tienden al pleno empleo.

La Economía de la Gran Guerra

El periodo comprendido desde 1870 hasta 1914 fue denominado la *Belle Époque*, fue casi medio siglo sin guerra alguna en Europa y de boyante crecimiento de las economías europeas, escribía Keynes (1919: pp. 6) “Qué episodio tan extraordinario ha sido (...) la edad que acabó en agosto de 1914 (...). Todo hombre de capacidad o carácter que sobresaliera de la medianía tenía abierto el paso a las clases media y superiores”. El paso del siglo XIX al XX estuvo sujeto a un crecimiento acelerado de la maquinaria

y la industria pesada, por aquel entonces transcurría la segunda revolución industrial. En Alemania la producción de acero en el quinquenio de (1880-1884) fue de 972.000 toneladas mientras que en el de (1905-1909) fue de 10.846.000 toneladas, en Estados Unidos la producción de acero, comparada en los mismos quinquenios, creció 13 veces (Vittorio, 2003). Aun cuando “*Belle Époque*” resulta una expresión decorativa para referirse al periodo (1870-1914), éste mismo también fue bautizado como la “Paz Armada” ya que estuvo caracterizado por una carrera armamentista dadas las tensiones políticas en Europa por la expansión colonial, la cual provocó las alianzas del Imperio Alemán con el Imperio Austrohúngaro y la de Francia con Reino Unido y el Imperio Ruso.

Figura 1 Evolución Gasto Militar de las Potencias %PIB 1870-1912



Fuente: J. Eloranta, 2007: 261

Es perceptible en la Figura 1 que el gasto militar anterior a la Gran Guerra era particularmente alto en Europa, este gasto está explicado por el desarrollo de la Era del Imperialismo (1870-1914). La Europa de entonces contaba con cerca de un 25%

de la población mundial, tenía 46% del PIB mundial y, en especial, un comportamiento colonialista que la llevó a controlar el 85% de la superficie terrestre (Bernardos, Hernández & Santamaría, 2014). La eficiente expansión colonial del Reino Unido y Francia dejaba con recelo un Imperio Alemán que llegó tarde a la repartición de colonias africanas y, con el asesinato de Francisco Fernando de Austria y su esposa a manos de un nacionalista serbio en agosto de 1914 como *causus belli*, se detonaron todas las tensiones políticas en Europa, estalló la Gran Guerra.

Entrando en materia económica, en la Gran Guerra muchos sectores productivos se vieron afectados, por ejemplo, se notó en la agricultura la escasez de mano de obra debido a que muchos de los campesinos migraban a las ciudades porque pagaban mejores salarios por la manufactura militar (Salzmann, 1943). Por supuesto, esto causaría un debilitamiento en la oferta de productos agrícolas, sin embargo, como son bienes de subsistencia y de aprovisionamiento militar, algunos gobiernos, como por ejemplo el alemán, implementaron políticas que obligaban a los labradores a responder con un mínimo de producido, “El gobierno obligó a los campesinos resistentes a cultivar sus tierras (...) con efectos como la confiscación de tierras a los campesinos que se resistían a cultivar lo ordenado.” (Tauger, 2011). Los bienes de consumo básico y las materias primas experimentaron el fenómeno de hiperinflación en los países beligerantes, Estados Unidos contó con un aumento de su índice de precios de consumo del 100%, en Alemania hubo un aumento del precio de los alimentos del 150% y en Gran Bretaña se elevaron los precios de las materias primas un 140% (Garrido, 2017). La inflación en la Gran Guerra se agudizaba no solo por la escasez de bienes de consumo básico y de materias primas, sino que también contó con una pesada demanda militar que se volvió muy inelástica con respecto al precio, lo que permitía que los vendedores de materias primas, muy requeridas para uso militar, pudiesen elevar su precio sin alterar casi nada su demanda.

Los gobiernos comenzaron a implementar medidas para mitigar la problemática de hiperinflación como en el caso del Reino Unido que, según Garrido (2017), en 1916 implementó precios máximos para el azúcar y la leche. No obstante, las medidas

que hubieren tomado los gobiernos habrían tenido un efecto ínfimo para mitigar el aumento desmedido de los precios, pues la inflación en la Gran Guerra se retroalimentaba debido a que los trabajadores presionaban al alza de sus salarios dados los altos precios y, ante la fuerte tensión de escasez, los precios se elevaban aún más en torno a un ciclo inflacionario. Sin embargo, cabe resaltar que el alza en los salarios por lo general no causaba inflación, pues ésta era, sobre todo, generada por la tensión de escasez y no por el aumento en el consumo, debido a que en la Gran Guerra las familias no se comportaron como una sociedad de consumo sino más bien como una de subsistencia, por ello los stocks de consumo fueron casi inexistentes y el consumo en general fue bajo. A medida que la guerra avanzaba, los ejércitos y la inflación crecían, costear la guerra se volvía más difícil y de manera unívoca los gobiernos tenían que enfrentar otra problemática: ¿Cómo financiar la guerra?

Por la época (1870-1920) ya se iban gestando las ideas marginalistas de economistas como Carl Menger, Leon Walras y Alfred Marshall, que acusaron a los individuos; consumidores y firmas, como los agentes principales del funcionamiento de la economía pues ambos, maximizando sus utilidades, empujarían a la economía al resultado más óptimo de la sociedad. Ciertamente, los marginalistas defendían el *Laissez Faire*, el Estado quedaba ignorado en el desarrollo marginalista y, según la ortodoxia financiera, debía actuar tal como lo hacía cualquier consumidor o firma de la economía, no gastando más de lo que sus ingresos le permiten. Las ideas del mercado autorregulador ya tenían una fuerza considerable y la austeridad del gasto público fue la recomendación teórica que los gobiernos procuraban seguir de casi de manera religiosa desde 1890 (Cheliz, 2001), sin embargo, inmersos en la Gran Guerra mantener austeridad económica era prácticamente imposible.

Tabla 1: Componentes del Gasto en PIB de Reino Unido a precios de mercado constantes, 1913-1919

	Consumption	Government	Investment	Net exports
1913	77.2	8.1	7.6	7.1
1914	76.9	11.5	7.7	3.9
1915	71.4	31.2	-2.3	-0.3
1916	65.6	35.6	-4.3	3.1
1917	60.2	38.7	0.9	0.2
1918	60.7	37.7	4.4	-2.8
1919	76.1	18.1	5.5	0.3

Fuente: Broadberry & Howlett, 2005

Desde finales de 1916, tanto Gran Bretaña como Alemania intensificaron la movilización en dirección de la “guerra total”. (...) los trabajadores industriales se volvieron tan vitales al esfuerzo de guerra como los soldados. Durante esta segunda fase, mantener la producción y evitar el colapso económico se convirtió en el centro de la gestión de la guerra. (Eatwell & Durlauf, 1987: pp. 781)

La victoria se volvió un objetivo obsesivo en la alargada Gran Guerra y los políticos, lejos de escatimar, ejecutaban elevados gastos públicos al servicio de la fusión industrial-militar, los déficits fiscales en los que los Estados incurrieron para financiar la guerra eran un desastre para la ortodoxia financiera y objeto de crítica de muchos economistas de la época. La situación del Reino Unido en la *Tabla 1* es muy parecida a la del resto de beligerantes; Francia en 1913 contaba con un gasto público del 10.0% sobre su PIB y terminaba la guerra con 53.5%, Alemania comenzaba con un 9.8% y finalizó con 50.1% (Broadberry & Harrison, 2009). Adicionalmente, aumentó la proporción del gasto político, en Reino Unido llegó a ser del 80.0% sobre el gasto público en 1915.

Generalmente los países gastaron muchos más medios de los que disponían, “Los presupuestos incurrieron en fuertes déficits financiados a través de deuda pública y la emisión monetaria, que provocaron el aniquilamiento de las reservas de los bancos centrales.” (Bernardos, Hernandez & Santamaría, 2014, pp. 9). Ciertamente es que la Gran Guerra fue financiada de diferentes formas dependiendo el país, pero sí se pueden encontrar algunas generalidades. Los impuestos resultaron muy restringidos para financiar una guerra de tal dimensión, algunos gobiernos no tenían intención de gravar

impuestos de guerra excesivamente altos a las familias y subirlos no era una opción muy viable debido a la hiperinflación, así, Inglaterra financió 20% de la guerra con impuestos, Alemania solo un 6% mientras que Francia ni siquiera hizo uso de impuestos (Salzmann, 1943). El 80% de la Gran Guerra, según Aldcroft (1997), fue financiado por medio de empréstitos públicos que eran abiertos a todo aquel que quisiera ayudar a su nación con el deber de la guerra y, a cambio, ofrecían una promesa de pago a cierto plazo con su respectiva rentabilidad. A menudo propietarios de empréstitos de guerra podían acceder a créditos bancarios a contra entrega de títulos, pagados con nuevo dinero de los bancos, a su vez, cuando los bancos compraban estos bonos de guerra, su pago creaba nuevo dinero para el Estado y éste respaldaba las promesas de pago con futuros impuestos o emisión de papel moneda. Los empréstitos hicieron que la masa monetaria de los beligerantes creciera en cantidades desorbitadas.

La inflación del medio circulante es la manera más casual y menos equitativa de financiar la guerra, ya se produzca por la emisión de papel moneda o ya por la expansión del crédito bancario. Ya que la emisión de títulos por parte del Estado se presta a prácticas inflacionarias, la financiación de la guerra por medio de empréstitos lleva en sí el germen de la inflación. (Salzmann, 1943: pp. 387).

Los empréstitos fueron una causa inflacionaria más, y tal vez la más importante, debido a que en su mayoría no eran recaudados de fondos prestables sino de crédito bancario y en algunos casos eran pagados con emisión de papel moneda, por este motivo se puede decir que la guerra fue financiada con inflación. Los gobiernos beligerantes no eran nescientes de que la Gran Guerra exigiría una fuerte financiación por medio de inflación, de manera que, desde el inicio de la guerra ignoraron completamente el patrón oro, prohibieron la exportación de dicho metal y las reservas de oro que tenían eran utilizadas, en su mayoría, para pagar importaciones provenientes de los países neutrales (Quibar & Augusto, 2016). Desde luego, este hecho tuvo sus consecuencias, las monedas de los beligerantes europeos presentaron una fuerte devaluación y es una de las causas por las cuales sus exportaciones netas se deterioraron, como es evidente

en el caso del Reino Unido en la *Tabla 1* y como lo evidencia Garrido (2017: pp. 33), “El comercio entre adversarios cae en un 14% (1914-1915), y casi un 18% (1916-1918). Entre neutrales cae entre un 10%-15% entre 1914 y 1918”.

Tabla 2: Cambio en el PIB de Reino Unido, Estados Unidos, Francia y Alemania 1913-1918

	UK	USA	France	Germany
1913	100.0	100.0	100.0	100.0
1914	92.3	101.1	92.9	85.2
1915	94.9	109.1	91.0	80.9
1916	108.0	111.5	95.6	81.7
1917	105.3	112.5	81.0	81.8
1918	114.3	113.2	63.9	81.8

Fuente: Broadberry & Harrison, 2009: 12

“Es incuestionable que la Primera Guerra Mundial había puesto de manifiesto que las guerras del siglo XX exigían una férrea organización económica, con la militarización de muchos ámbitos de la sociedad” (Barciela, 2009: pp. 22). La Gran Guerra fue un conflicto bélico sin precedentes y se convirtió en una auténtica carnicería por el agigantamiento que la industria pesada experimentó en los años anteriores. Solo en el Reino Unido las unidades de aeronaves producidas para la guerra en 1918 eran 32.018, 130 veces más que las de 1914 y, en ese mismo año, las piezas producidas de artillería pesada fueron 91, para 1918 ya eran 20.971 en total (Broadberry & Howlett, 2005). Reino Unido perdió cerca quinientos mil hombres que no superaban la edad de treinta años, Alemania perdió el 13% de sus hombres en edad militar y Francia perdió un 20% de hombres que se encontraban entre el mismo rango de edades, entre los tres países se cobraron cerca de 4.2 millones de vidas (Hobsbawm, 1994). El balance europeo era desastroso y se avecinaban también las fuertes consecuencias económicas de postguerra, para algunos países más desastrosas que para otros.

El Periodo Entreguerras

La vencedora Triple entente, a la que Estados Unidos se había aliado, compuesta por Reino Unido; el Imperio Ruso, que había abandonado la guerra en 1917 y Francia, impuso humillantes sanciones económicas a los derrotados, dando fin a la Gran Guerra con el tratado de Versalles. Este tratado fue calificado por John Maynard Keynes, representante británico en la conferencia de paz en París, como una paz cartaginesa.

“No les interesaba la vida futura de Europa (...) sus preocupaciones se referían a las fronteras y a las nacionalidades (...) al logro del debilitamiento para el porvenir de un enemigo fuerte y peligroso, a la venganza. Y a echar sobre las espaldas del vencido la carga financiera insoponible de los vencedores” Keynes (1919: pp. 22), sobre el tratado de Versalles.

Keynes advirtió en su obra *“las consecuencias económicas de la paz”* que fijando las sanciones de reparación dentro de la capacidad de pago de los derrotados se podía evitar una “fricción perpetua”, el tratado de Versalles no firmaba solo el final de un terrible conflicto, sino que también, el porvenir de otro aún peor. Explica Keynes (1919) que Alemania, además de realizar un pago inmediato de casi la mitad de sus reservas de oro y ceder los territorios que había invadido en el conflicto bélico, debía transferir un pago anual a los aliados, una parte en oro y otra en especie. La sanción en cuotas anuales no era sostenible ya que Alemania no podría pagar las sanciones por sí sola, a excepción de que le concedieran un alto préstamo, pues para pagar toda la carga financiera que le fue impuesta requería un excedente anual de recursos equivalente al 2-3% de su renta nacional (García, 1992), una cantidad exagerada para un país derrotado que sufría de un alto estrés en su economía.

Así, Alemania debía a todas las potencias europeas las reparaciones de la guerra, mientras que Estados Unidos tenía una gran cantidad de capitales en el extranjero y una posesión de 2.5 miles de millones de dólares en reservas de oro, las más grandes reservas del mundo al llegar la paz. Estados Unidos terminó como el mayor prestamista de la guerra y fue proclamado como la nueva potencia mundial, sin embargo, su crecimiento no favoreció al bienestar económico del mundo ya que después establecería

barreras proteccionistas (J.U. Bernardos, 2014). El promedio de crecimiento desde 1913 hasta 1929 para el Reino Unido, Francia y Alemania, no superaba el 2% (Olesen, 2016). Sorpresivamente, en el mismo periodo, Reino Unido tuvo el promedio de crecimiento más bajo de los beligerantes con 0.7%, incluso menor que el de Alemania en contravía lógica, debido a que durante la Gran Guerra, Reino Unido contaba con una situación ventajosa de crecimiento, como se evidencia en la *Tabla 2*, y Alemania cargaba con las pesadas sanciones económicas de la reparación de la guerra. Reino Unido pasó de ser la cabeza del desarrollo industrial del siglo XIX, a ser la potencia de crecimiento más retrógrada en la postguerra.

Aún antes de la Gran Guerra, Reino Unido estaba perdiendo la carrera industrial con Estados Unidos, el cual ya representaba el 36% de la producción manufacturera mundial para 1913 mientras que la producción británica decaía al 14% del mundo en el mismo año (Cuevas, 1993). Después de una breve expansión en su economía de postguerra, Reino Unido, en abril de 1920 se encontraría con su primera recesión después de la Gran Guerra, esta recesión fue la que marcó toda la década de alto desempleo que experimentaría, pues para el periodo de (1923-1929) el promedio de las tasas de desempleo del Reino Unido es de casi 11% (Stewart & Pearce, 2001). Debido a la preocupante depreciación de la libra, en 1925 Reino Unido decidió que regresaría al patrón oro con la paridad de preguerra, error garrafal y criticado posteriormente por Keynes, pues esto hizo que la economía británica sufriera presiones deflacionarias que subieron su tipo de cambio y así, bajó aún más la competitividad de la industria británica, lo que significaba que Reino Unido se sumía en un desempleo aún más profundo.

Como nueva primera potencia mundial, Estados Unidos prestó a Europa cerca de 9.000 millones de dólares para su restauración, préstamo del cual, 7.000 millones fueron para Inglaterra y Francia, mientras Alemania en 1924 seguía inflando abruptamente su economía pues, además de las cargas financieras del tratado de Versalles, financiaba un enorme déficit fiscal con emisión monetaria, esto hizo que desapareciera el antiguo marco y se pusiera en circulación el rentenmark o marco seguro. Por la persistente situación de inflación y el elevado déficit público alemán, Estados Unidos

implementó el Plan Dawes que estabilizó la suma real que debía pagar Alemania y permitió su primer pago anual con un crédito de cerca de 800 millones de marcos (García, 1992), sin embargo, con esto el problema no fue resuelto y en 1929 se tuvo que ejecutar el Plan Young, que alargaba los plazos de pago.

En la década de 1920, también conocida como “los felices años 20”, Estados Unidos gozaba de un vivo bienestar económico. El país norteamericano se convirtió en un exportador neto de capitales después de la Gran Guerra, había abundancia de bienes de consumo durable y se cambió el rudimentario carbón para masificar el uso de la sofisticada electricidad y el petróleo debido a la producción masiva de electrodomésticos y automóviles (Cuevas, 1993). Había nacido “el sueño americano” y, con él, una vigorizante sociedad de consumo. El presidente del Nacional City Bank, Charles Mitchell, el 15 de octubre de 1929 decía “Los mercados se encuentran en una situación inmejorable... el precio de los valores se asienta sobre las sólidas bases de la prosperidad general de nuestro país” (Galbraith, 1993: pp. 144), pero caían en un engaño, las bases de la prosperidad de las que hablaba Mitchell no eran tan sólidas como lo creían todos los estadounidenses. Parece que los felices años 20 hicieron que los norteamericanos olvidaran los ciclos económicos, el exceso de confianza de los ciudadanos causó que aumentaran extraordinariamente los precios las acciones de Wall Street, los cuales nunca caían, entonces la bolsa comenzó a ser concurrida por cualquier ciudadano sin experiencia alguna en el mercado financiero, haciendo que toda la sociedad progresara y abundara la riqueza en una muy acelerada expansión económica. Las acciones calificadas de poco riesgo se alejaban cada vez más del mercado real, creando una burbuja especulativa que, cuando estalló; porque la confianza se extinguió, arrojó a Estados Unidos a una estrepitosa recesión después del 24 de octubre de 1929, día también conocido como el jueves negro.

Los ciclos económicos y las depresiones ya eran bien conocidos por economistas del siglo XIX, incluso desde el marxismo se criticaban como irregularidades que solo eran reflejo de la inestabilidad del sistema capitalista, “Lo novedoso era que probablemente por primera vez en la historia del capitalismo, sus fluctuaciones parecían poner

realmente en peligro al sistema” (Hobsbawm, 1994). La gloriosa economía estadounidense había caído, fue así como empezó la Gran Depresión, el paso de una década de alegría y fortuna a otra de miseria y desesperación, el desempleo en Estados Unidos llegó a ser del 25%, su alta inmigración de antaño cayó, los préstamos internacionales bajaron un 90% y los flujos de capitales se frenaron en todo el mundo, luego, la primera potencia mundial arrastró a más de la mitad del mundo a la pobreza y la hambruna.

Keynes y la Economía de Guerra

Después de la Gran Guerra, John Maynard Keynes ya era uno de los economistas más influyentes en el Reino Unido, sostuvo una oposición con el entonces canciller de hacienda Winston Churchill después de que éste, en 1925, patrocinara la idea de volver al patrón oro con la paridad de preguerra. Keynes mostró una total aversión hacia “jaula dorada” ya que, estando presos en ella, el Estado se encontraría inhabilitado en cuanto a política monetaria y agravaba la situación de desempleo que ya vivía el Reino Unido. Debido al estancamiento de las economías del mundo y la incapacidad de las sociedades para poder reactivarla, entrados en la Gran Depresión, país a país, fueron abandonando el patrón oro “En 1931-1932, Gran Bretaña, Canadá, todos los países escandinavos y Estados Unidos abandonaron el patrón oro, que siempre había sido considerado como el fundamento de un intercambio internacional estable” (Hobsbawm, 1994: pp. 101). Keynes no se equivocó con respecto al patrón oro, al menos en el contexto de Gran Depresión, así los países tuvieron la libertad de devaluar su moneda en aras de reparar su producción interna, claro está, imponiendo barreras proteccionistas, “Alemania aumentó su tarifa sobre el valor de las importaciones de productos agrícolas de 27 a 83%, Francia de 19 a 53% e Italia de 25 a 66%” (Cabrera, 2013: pp. 109).

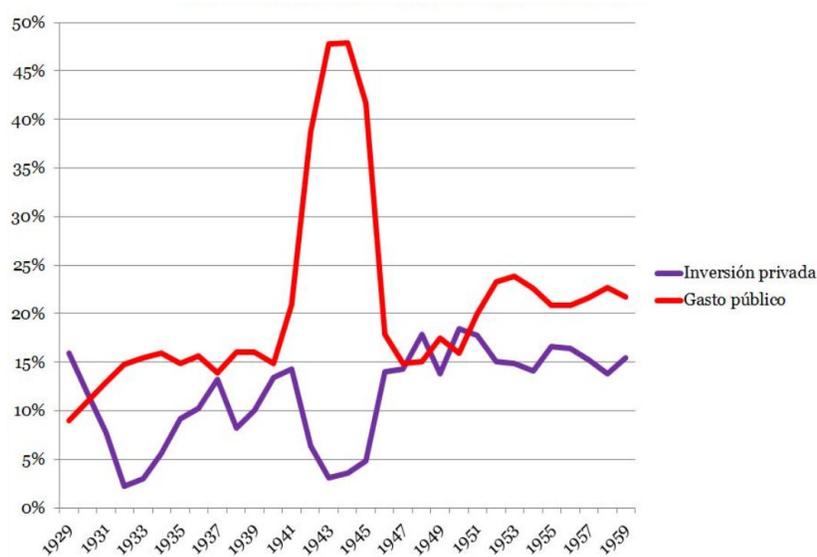
La falta de cohesión en las medidas adoptadas por los principales «centros de oro» volvió a mostrarse, dramáticamente, en el fracaso de la Conferencia Económica Mundial de Londres, en junio-julio de 1933. El Reino Unido y Estados Unidos consideraron que la prioridad estaba en la recuperación del nivel de actividad interna, y ello parecía oponerse a la estabilización del tipo de cambio. (García, 1992: pp. 70)

La Gran Depresión demandaba nuevas teorías económicas que fueran capaces de explicar el *statu quo* económico y dar respuesta a él, lo que no pudo hacer las ideas económicas dominantes. El *Laissez faire* con el que la economía mundial había avanzado hasta ahora estaba, por primera vez, bajo tela de juicio y en alto riesgo en todo el mundo. A propósito de dar respuesta a la profunda Gran Depresión, el economista John Maynard Keynes publica en el año 1936 la *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, a groso modo, Keynes alegó que la teoría económica tradicional pecaba de falta de claridad, pues su tratamiento teórico no era general, refutó la ley de Say, denunció que los mercados presentan fallas y abogó por el gobierno como el agente económico que tiene la capacidad de corregirlas, por tanto, propuso que reducir el desempleo era imprescindible para recuperarse de la crisis pues esto reactivaría el consumo y la inversión, y para ello la herramienta ideal sería el aumento del gasto público pagado, no con el aumento de los impuestos, pues esto contraería el consumo de las familias, sino con expansión de crédito bancario al gobierno y emisión de papel moneda.

La Gran Guerra no solo fue un conflicto bélico sin precedentes en materia política y en número de muertes humanas, sino que partió la historia del pensamiento económico en dos, la percepción de los deberes del Estado dentro de la economía cambió, de manera práctica y tal vez por primera vez en la historia de Europa, el papel moneda reemplazó por completo al metal precioso cuando los beligerantes, obligadamente, abandonaron el patrón oro. No resultaría atrevido pensar que fue la Gran Guerra la que dio la sentencia de desaparición definitiva al patrón oro posteriormente. La guerra forzó a los gobiernos beligerantes, primero, a aplicar gastos públicos exorbitados que compensen la reducción en el consumo y la inversión, y segundo, a usar deliberadamente la emisión de papel moneda y la expansión del crédito para no quedarse atrás en el avance industrial-militar con respecto a sus enemigos. Las prácticas intervencionistas no fueron revolucionarias en materia económica, pues ya se venían desarrollando las ideas de los Estados de Bienestar en Europa, pero es indiscutible que en la Gran Guerra se observó, por primera vez en la historia, la aplicación de semejante incremento en la masa monetaria en las potencias europeas y un gasto público de tal magnitud.

John Maynard Keynes se desarrolló como economista en medio de las guerras mundiales, sirvió como consejero del Ministerio de Hacienda británico desde 1916 y había estudiado la Gran Guerra, tanto para escribir *Las Consecuencias Económicas de la Paz*, como *How to Pay the War* para la Segunda Guerra Mundial. Inmerso en tales transformaciones de las economías en guerra es muy probable que sus fundamentos teóricos y las soluciones que propuso a la Gran Depresión estuvieran muy influenciadas por la configuración del comportamiento de las economías en la Gran Guerra. De hecho, Keynes (1936: pp. 287) escribe “Excepto durante la guerra, dudo que tengamos alguna experiencia reciente de un auge tan poderoso que llevara a la ocupación plena”, haciendo alusión a que en la Gran Guerra los gobiernos curaron el malestar del alto desempleo que, recuérdese, estaba azotando al Reino Unido incluso antes de la Gran Depresión y posteriormente, a todo el mundo de peor manera.

Keynes probablemente fue el economista más influyente de la Gran Depresión; no solo el trigésimo primer presidente de los Estados Unidos, Herbert Hoover, tomó recomendaciones de sus obras recortando los impuestos de los ciudadanos norteamericanos para sostener el consumo e invirtiendo en obras públicas para atenuar el crecimiento del desempleo (Galbraith, 1993), sino que también el trigésimo segundo, Franklin D. Roosevelt, desarrolló el New Deal con la participación de algunos economistas keynesianos como Arthur Gayer y Launchlin Currie, además implementó un riguroso control del sistema financiero y también realizó gasto público con la exclusiva intención de mitigar la problemática de desempleo (Cuevas, 1993). Así los gobiernos, dejando un poco de lado la preocupación por la inflación, pusieron en marcha la búsqueda del pleno empleo en la economía mundial para superar la crisis. Los gastos públicos en Estados Unidos pasaron de ser 3.320 millones de dólares en 1930 a 8.421 millones de dólares en 1936 (Cachanosky, 1989) y, por supuesto, a los gastos los acompañó una expansión de masa monetaria, “según cifras estadounidenses, en 1949, el coste de la vida había aumentado en la zona bajo su control un 31% respecto a 1938. El problema es que el dinero en circulación (sumando depósitos) era cuatro veces superior a aquella fecha.” (Lázaro, 2017: pp. 437). El gasto público empezó a compensar el detrimento de la inversión de la Gran Depresión como se ve en la *Figura 2* en el período (1929-1939).

Figura 2 Gasto Público e Inversión Privada de Estados Unidos %PIB 1929-1959

Fuente: St Louis Federal Reserve FRED 2 Database.

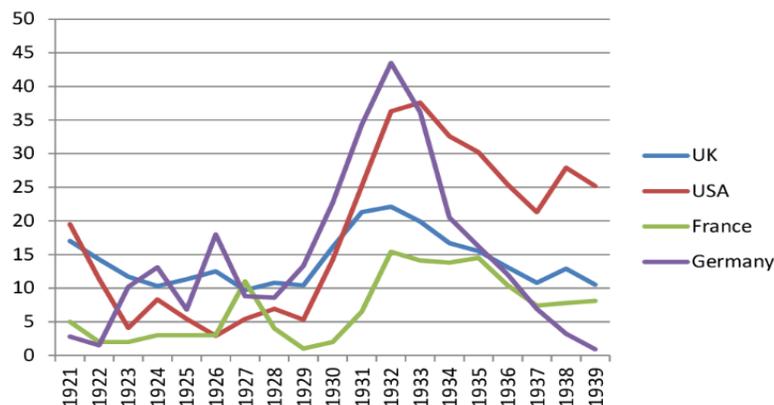
“La Gran Depresión desterró el liberalismo económico durante medio siglo” (Hobsbawm, 1994: pp. 101). La Revolución Keynesiana se esparció por el mundo, y parecía estar teniendo un efecto positivo contra la crisis. Mientras tanto, a causa de la decadencia económica, el nacionalsocialismo fue efervescente en Alemania, Adolf Hitler tomó el poder y tenía nulas intenciones de pagar las humillantes sanciones del tratado de Versalles. Alemania se preparaba militarmente y doblaba los gastos militares en el periodo de entreguerras tanto de Gran Bretaña como de Francia:

“Los gastos de armamentos efectuados en el período de paz comprendido entre la primera y la segunda guerra mundial se calculan en las siguientes cifras: Alemania, 94 mil millones de reichsmark; Gran Bretaña, 2,6 mil millones de libras, correspondientes 45 mil millones de R.M. de valor adquisitivo y Francia” 291 mil millones de francos, correspondientes a un valor adquisitivo de 36,2 mil millones de R.M.” (Salzmann, 1943: pp. 394)

El nazismo alemán, sin saberlo, estaba poniendo en práctica lo que hoy se conoce como “keynesianismo militar”. Se trata de que el Estado ejecute altos montos de gasto militar en la economía para promover la ocupación, estrategia económica con la que logró aumentar el

PIB alemán casi 35% en solo 6 años y redujo la tasa de desempleo casi un 32% en 5 años. Lejos de ser una economía de libre mercado, el Estado nacionalsocialista intervenía los precios y, aunque defendían la propiedad privada, cada empresa tenía un “*Betriebsführer*” o jefe de tienda, un encargado por parte del Estado que mandaba lo que la empresa tenía que producir y cómo debía producirlo (Mises, 1947). Escribía la VB, periódico oficial nazi, “La próxima etapa de la economía política nacionalsocialista consiste en reemplazar las leyes capitalistas por políticas” (Reimann, 2014: pp. 13), la economía entera estaba bajo el dominio del gobierno nazi. Joan Robinson, una economista postkeynesiana inglesa dijo: “antes de que Keynes terminara de explicar por qué el desempleo ocurre, Hitler ya había descubierto cómo curarlo” (Cuevas, 1993: pp. 614). Nótese en la *Figura 3*, desde que Hitler asumió el mandato en 1932, un descenso acelerado del desempleo en la industria del cual, en el mismo periodo, no pagaron su costo porque la inflación se encontraba retenida por fuertes políticas de control de precios, pareciera que la estrategia de la economía nazi fue tener una recuperación relámpago, así como la estrategia militar *blitzkrieg*, siendo agresiva con altísimos gastos militares y así lograr renacer de las cenizas de la Gran Guerra y la postguerra, pero el mal de la inflación no se puede esconder durante mucho tiempo y en cuanto la economía nazi comenzó a mostrar deterioro, los alemanes comenzaron la Segunda Guerra Mundial

Figura 3 Tasa Desempleo en la Industria 1921-1939

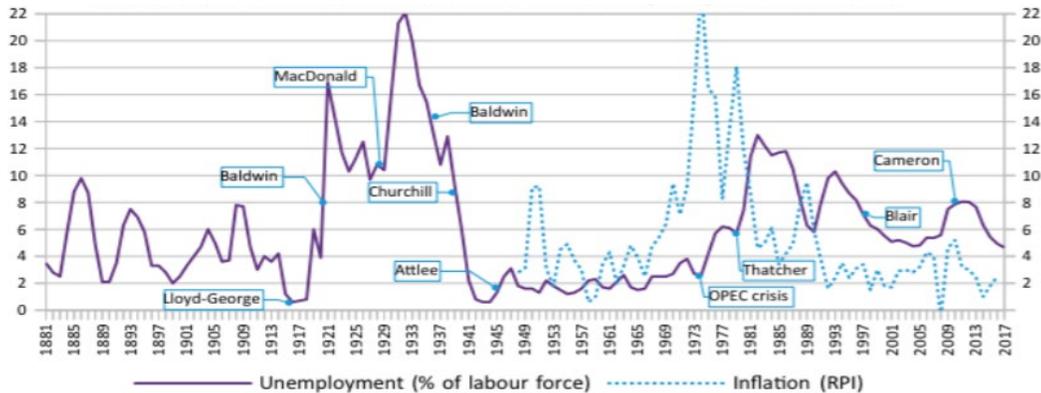


Fuente: Garside, 2007: 57

La Segunda Guerra Mundial surgió por el malestar económico al que Alemania estaba condenada después tratado de Versalles, el vaticinio de Keynes se cumplió, el tratado de Versalles había creado un conflicto bélico aún más monstruoso que la Gran Guerra y del cual, solo finalizado el conflicto, se revelarían sus terribles consecuencias. “*Good may come out of evil*” decía Keynes para la BBC al comienzo de la Segunda Guerra Mundial en 1939, pues calificó a la guerra como “*the grand experiment*” y dijo que para cuando la paz atracara, se sabría cómo acabar con el mal del desempleo (Crotty, 2019: pp. 320). Sea optimista u oportunista, es evidente que hacía referencia al intervencionismo que, como se analizó en la primera sección de este trabajo, es menester en las guerras totales. “Keynes insiste en que la economía pasó durante 1939 del desempleo al pleno empleo sin que esto significara un incremento del consumo; porque la economía de guerra imponía algunas restricciones” (Guerrero, 2015: pp. 35).

El 8 de diciembre de 1939 el presidente Roosevelt proclamó el famoso discurso de la infamia, en el que declaraba que Estados Unidos entraba a la Segunda Guerra Mundial, en ese mismo año, Estados Unidos contaba con una tasa desempleo del 9.9% y durante la guerra progresivamente el desempleo bajó hasta un piso de 1.2% en 1944 (U.S Bureau of Labor Statistics, 2020), la más baja tasa de desempleo en Estados Unidos durante más de un siglo. Casualmente, se puede apreciar en la *Figura 2* que, aunque los norteamericanos venían con un alto gasto público debido a la fuerza del keynesianismo en contra de la Gran Depresión, después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial el gasto público de Estados Unidos creció abrupta y repentinamente hasta cerca de un 45% del PIB alrededor del año 1944 como se puede observar en la *Figura 4*.

Figura 4 Desempleo en Reino Unido 1881-2017



Fuente: Ewan McGaughey, 2018: 6

Para el Reino Unido no fue distinto, los puntos más bajos de las tasas de desempleo de más de un siglo coinciden con las dos guerras mundiales, así se puede concluir que John Maynard Keynes no estuvo precisamente equivocado al decir que en la Segunda Guerra Mundial las economías pasaron al estado de pleno empleo. Esta es la consideración más importante de las economías de guerra total, no solo el patrón oro desapareció, sino que los altos gastos militares que los gobiernos beligerantes asumieron, funcionaban para acabar con el desempleo como en el caso de Estados Unidos y Reino Unido, por supuesto pagando un alto costo inflacionario como los que se enseñan en la primera sección. He aquí, una vez más, la principal premisa del tratamiento económico a la Gran Depresión pues el estancamiento económico puso por encima de la inflación, a la ocupación.

Conclusiones

La Gran Guerra forzó a los gobiernos beligerantes a intervenir en la economía, probablemente fue la primera vez en la historia en la que el intervencionismo fue aplicado a gran escala, pues los dos siglos pasados, la economía, como disciplina y de forma práctica, estuvo dominada por el *Laissez faire*. De tal manera, la Gran Guerra enseñó los efectos de la intervención y, posteriormente, dos en particular iban a ser de vital

importancia para la economía mundial; el primero es que un nivel de gasto público de tal magnitud tenía efectos inflacionarios de mucha repercusión y el segundo, tiende a desaparecer la problemática de desempleo.

Posteriormente, cuando el mundo estaba inmerso en la Gran Depresión, el desempleo fue el malestar más agudo y problemático. Entendiéndolo de esta manera, John Maynard Keynes desarrolla su pensamiento económico que vio la luz en 1936 y de algún modo llegó a coincidir con lo que pasó en la Gran Guerra. Enfocándose en la ocupación, esencialmente, propone que el gasto público aumente y esté concentrado en reactivar la ocupación, pues así, el consumo y la inversión, caídos en la Gran Depresión como en la Gran Guerra, se volverían a activar como mecanismo para desvarar la economía. Keynes era un economista en medio de las transformaciones de la guerra, estuvo involucrado tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial, en la cual incluso fue nombrado barón Keynes de Tilton de la cámara de los lores. Así pues, no es extraño que la extraordinaria economía de guerra total le sirviera como corolario para desarrollar su pensamiento teórico en el periodo de entreguerras. El intervencionismo o el liberalismo económico no son religiones, no se ha de creer en uno o el otro de manera dogmática sino comprender que cada periodo de la historia requirió y va a requerir más o menos, de uno o del otro.

Randolph Bourne, pensador estadounidense, dijo en el transcurso de la Gran Guerra la famosa frase “La guerra es la salud del Estado”, en materia política es cierto que “los gobiernos prosperaban, el patriotismo florecía, la lucha de clases se aplacaba” (Zinn, Bilbao: pp. 265), pero en materia económica convendría preguntar: ¿Valió la pena para Alemania, Reino Unido y para Estados Unidos participar en aquellas guerras sacrificando millones de vidas humanas para remediar el desempleo? Lo cierto es que así sucedió, ahora resulta más pertinente entender “*Good may come out of evil*” como una frase de optimismo por parte de John Maynard Keynes, en lugar de una de oportunismo y creer que es posible, de las malas circunstancias, adquirir conocimiento para el bienestar futuro.

Referencias

1. Aldcroft, D. (1997). *Historia de la economía europea (1914-1990)*. Barcelona: Editorial Crítica.
2. Barciela, C. (2009). La Economía y la Guerra. *Revista de Historia Contemporánea*, 22.
3. Bernardos J. U, Hernandez, M. & Santamaría, M. (2014). *Historia Económica: Tema 9*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
4. Broadberry, S. & Harrison, M. (2009). "The economics of World War I: an overview". Cambridge: Cambridge University Press.
5. Broadberry, S. & Howlett, P. (2005). *THE UNITED KINGDOM DURING WORLD WAR I: BUSINESS AS USUAL?*. Cambridge: Cambridge University Press.
6. Cabrera, A. (2013). Historia económica mundial 1870-1950. *Economía Informa*, 99-115.
7. Cachanosky, J. (1989). LA CRISIS DEL TREINTA. *Libertas VI*.
8. Cheliz, P. B. (2001). Intervencionismo y gasto público en Europa 1870-1920. *Acciones e Investigaciones Sociales*, 235-263.
9. Crotty, J. (2019). *Keynes Against Capitalism: His Economic Case for Liberal Socialism*. Londres: Routledge.
10. Cuevas, H. (1993). *Introducción a la economía*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
11. Galbraith, J. (1993). *El crac del 29*. Barcelona: Ariel.
12. García, J. L. (1992). Patrón Oro, banca y crisis (1875-1936). *Cuadernos de Estudios Empresariales*, 57-85.
13. Garrido, M. H. (2017). *Los Efectos Económicos de la Guerra*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
14. Guerrero, V. (2015). Economías de guerra: algunas ideas sobre la importancia de la Primera Guerra Mundial desde el punto de vista económico. *Economía Informa*, 27-46.
15. Hobsbawm, E. (1994). *Historia del siglo XX*. Londres: Penguin Group.
16. Eatwell, J. & Durlauf, S. N. (1987). *The New Palgrave Dictionary of Economics*. Londres: Macmillan Publishers Ltd.

17. Keynes, J. M. (1919). *Las Consecuencias Económicas de la Paz*. Barcelona: Grupo Editorial Grijalbo.
18. Keynes, J. M. (1936). *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*. Buenos Aires: FONDO DE CULTURA ECONÓMICA.
19. Keynes, J. M. (1987). *Las Consecuencias Económicas de la Paz*. Barcelona: Grupo Editorial Grijalbo.
20. Lázaro, G. d. (2017). El milagro alemán. *Anuario Jurídico y Económico Escurialense*, 433-444.
21. Mises, L. v. (1947). *Caos Planificado*. Irvington : Foundation for Economic Education.
22. Olesen, F. (2016). *World War 1: Some Economic Aspects and Considerations* . Aalborg: MaMTEP.
23. Quibar, B. & Augusto, J. (2016). SISTEMAS MONETARIOS INTERNACIONALES Y GUERRAS DE MONEDAS:. En A. G. Agüero Heredia, *Jornadas de Ciencias Económicas 2016* (págs. 57-85). Luján de Cuyo: Universidad Nacional de Cuyo.
24. Reimann, G. (2014). *The Vampire Economy: Doing Bussines Under Fascism*. Auburn: Ludwig von Mises Institute.
25. Salzmán, J. J. (1943). *Economía de Guerra*. Buenos Aures: UBA, FCE.
26. Stewart, M. P. (2001). *British Political History, 1867–2001: Democracy and Decline*. Londres: Routledge.
27. Tauger, M. B. (2011). Agriculture in World History. *Themes in World History*, 5.
28. U.S Bureau of Labor Statistics. (2020). Obtenido de Databases, Tables & Calculators by Subject: https://data.bls.gov/timeseries/LNU04023554&series_id=LNU04000000&series_id=LNU03023554&series_id=LNU03000000&years_option=all_years&periods_option=specific_periods&periods=Annual+Data
29. Vittorio, A. D. (2003). *Historia económica de Europa : siglos XV-XX*. Barcelona: Editorial Crítica.
30. Zinn, H. (Bilbao). *La otra Historia de los Estados Unidos*. 1997: HIRU.

